

salieron los romanos lanzando fuertes gritos, rechazaron á los cartagineses, les pusieron en fuga al primer choque, y persiguiéndoles hasta el mar, hicieron gran matanza en ellos. A no ser por la flota que acudió á recoger á los fugitivos, ni uno solo habría escapado de aquel combate y aquella derrota. El espanto les siguió hasta en las naves: temiendo que el enemigo se lanzase á ellas con sus compañeros, retiraron las escalas, y, para acelerar la maniobra, cortaron los cables de las anclas; muchos soldados quisieron ganar las naves á nado, pero no pudiendo distinguir en medio de la obscuridad la salvación del peligro, perecieron miserablemente. A la mañana siguiente, cuando desapareció la flota para regresar al Océano, entre las murallas y el mar se encontraron los cadáveres de 800 hombres y cerca de 2.000 armaduras.

Magón se dirigió á Cádiz; pero habiéndosele cerrado las puertas, abordó á Cimbis, cerca de Cádiz: desde allí envió legados para quejarse porque le habían prohibido la entrada en la ciudad, cuando era su aliado y amigo. Los habitantes se excusaron, atribuyendo el hecho al populacho, amotinado y furioso por los pillajes cometidos por los soldados á su embarque. Entonces atrajo á una conferencia al cuestor y á los *suffetas* (1), que son los primeros magistrados entre los

(1) Los *suffetas* eran reyes de Cartago, de los que se sabe muy poco. Lo único que puede decirse con seguridad es que se les elegía entre las principales familias del Estado, que tenían presencia y voz en el Senado, que ejercían elevada influencia y que gozaban de mucha autoridad. Sábese también que para los decretos se necesitaba unanimidad entre ellos y el Senado, y que cuando no podían avenirse, la decisión pertenecía de derecho al pueblo. Aristóteles compara los *suffetas* con los reyes de Es-

cartagineses, y mandó azotarles y crucificarles. En seguida se dirigió con su flota á la isla Pityusa, situada á más de cien millas del continente, y habitada entonces por cartagineses. Allí recibieron favorablemente la flota: suministraronle abundantes víveres y la proveyeron de armas y de soldados jóvenes. Con estos refuerzos se dirigió Magón á las Baleares, que distan cincuenta millas. Existen dos islas con este nombre: la más grande es también la más belicosa, la más poblada y tiene un puerto que pareció excelente á Magón para invernar, puesto que corría ya el final del otoño. Pero como si aquella isla no estuviese habitada más que por romanos, los habitantes se opusieron al desembarque. La honda, que es hoy el arma más común de aquel pueblo, era entonces la única que conocía; y ninguna nación sobresale en su manejo como los baleares. Cuando la flota procuraba tomar tierra, hicieron llover sobre ella tal granizada de piedras, que no atreviéndose á entrar en el puerto, volvió á la alta mar, marchando á abordar á la isla más pequeña, tierra fértil, pero menos poblada y menos belicosa. Magón desembarcó, estableció su campamento sobre el puerto, en posición fuerte, y, apoderándose sin combate de la ciudad y de su territorio, alistó dos mil auxiliares, que fueron enviados á Cartago é hizo varar las naves para pasar el invierno. Cuando Magón abandonó la costa del Océano, Cádiz se sometió á los romanos.

Estos fueron los acontecimientos que se realizaron en España bajo el mando y los auspicios de Scipión. Entregó entonces el mando de la provincia á L. Leu-

parta, y Polibio con los cónsules romanos; y como los dos autores hablan siempre en plural, es de creer que reinaban dos á la vez.



tulo y á L. Manlio Acidino, y regresó á Roma con diez naves. El Senado se reunió fuera de la ciudad, en el templo de Belona, y el General dió cuenta allí de sus trabajos en España; enumeró las batallas que había librado, las ciudades que había conquistado al enemigo y las naciones que había sometido al imperio del pueblo romano. «Había tenido que combatir cuatro generales, cuatro ejércitos victoriosos á su llegada á la provincia, y no dejaba en ella ni un cartaginés.» En vista de estas victorias, insinuó la esperanza de conseguir el triunfo, aunque sin hacer la petición formal; porque hasta aquel día no se había dado ejemplo de que nadie hubiese triunfado sin estar revestido de una magistratura. Levantada la sesión, entró en la ciudad é hizo llevar delante de él al Tesoro catorce mil trescientas cuarenta libras de plata en lingotes y cantidad considerable del mismo metal acuñado. Celebráronse en seguida los comicios para la elección de cónsules, bajo la presidencia de L. Veturio Filón. Todos los centuriones nombraron cónsul por aclamación á P. Scipión, y le dieron por colega al pontífice máximo P. Licinio Crasso. Dícese que jamás, durante aquella guerra, se celebró asamblea más numerosa. De todas partes habían acudido para votar, y más aún para ver á Scipión. Agrupábase la multitud en su puerta, en el Capitolio, á donde había ido para inmolar una hecatombe á Júpiter en cumplimiento de un voto hecho en España; esperábase que, á ejemplo de C. Lutacio, que puso término á la primera guerra púnica, P. Cornelio terminaría la guerra actual, y que el que había expulsado á los cartagineses de toda España, les arrojaría igualmente de Italia. Asignábasele el Africa por provincia, como si la guerra hubiese terminado en Italia. Celebrá-

ronse en seguida los comicios pretorianos; dos de los pretores nombrados eran entonces ediles plebeyos: eran éstos Sp. Lucrecio y Cn. Octavio; los otros dos, elegidos entre los particulares, fueron Cn. Servilio Cepion y L. Emilio Papo. En el año décimocuarto de la guerra púnica, habiendo entrado en funciones los cónsules P. Cornelio Scipión y P. Licinio Crasso, les designaron sus provincias. Scipión recibió la Sicilia, sin haber procedido al sorteo y por consentimiento de su colega, á quien retenían en Italia el cuidado de las cosas sagradas y su título de pontífice máximo; á Crasso se señaló el Brucio. En seguida se consultó la suerte para las provincias de los pretores: Servilio obtuvo la jurisdicción urbana; Sp. Lucrecio fué designado para Arimino (ésta era la pretura de la Cisalpina); L. Emilio para la Cerdeña. Reunióse una asamblea del Senado en el Capitolio, y por informe de P. Scipión, un senatus-consulta autorizó al General á tomar del dinero que él mismo había llevado al Tesoro la cantidad necesaria para dar los juegos que había votado en España durante la sublevación militar.

Entonces presentó en el Senado á los legados de Sargunto, y el jefe de ellos habló así: «Padres conscriptos, no hay males mayores que los que nosotros hemos experimentado por guardaros inquebrantable fidelidad; y sin embargo, tales han sido vuestros beneficios y los de vuestros generales con nosotros, que no lamentamos nuestros desastres. Emprendisteis la guerra por causa nuestra, y hace catorce años que la sostenéis con una constancia que frecuentemente os han puesto en graves peligros y á Cartago muy cerca de su ruina. Mientras teníais en Italia una guerra furiosa y un enemigo como Aníbal, habéis enviado á España vuestros Cónsules y



vuestras legiones, como para recoger allí los restos de nuestro naufragio. Los dos Scipiones, Publio y Cneo, desde el día que pisaron la provincia, no cesaron ni un momento de obrar en interés nuestro y para ruina de nuestros enemigos. Como primer beneficio, nos devolvieron nuestra patria, hicieron buscar por toda España á nuestros conciudadanos vendidos en subasta, los rescataron de la esclavitud y les pusieron en libertad. En el momento en que íbamos á recobrar la felicidad, después de tantas calamidades, los dos Scipiones, vuestros generales, perecieron, y su muerte fué más fatal para nosotros que para vosotros mismos. Creímos entonces que no habíamos regresado de lejano destierro á nuestras antiguas moradas sino para sucumbir de nuevo y para ver por segunda vez la ruina de nuestra patria, sin que se necesitase para consumar esta ruina un general ó un ejército de Cartago. Los turdetanos, aquellos antiguos enemigos de Sagunto á quienes debemos nuestra primera desgracia, podían destruirnos. Pero cuando nos encontrábamos sumidos en la desesperación, nos enviasteis á este otro Scipión. ¡Ah! somos los más afortunados de los saguntinos, puesto que vemos en este momento, y tendremos el gusto de anunciar á nuestros conciudadanos que hemos visto proclamar cónsul á este héroe, esperanza y salvación nuestra. En efecto, en las numerosas ciudades que ha arrebatado al enemigo en España, ha separado siempre á los saguntinos de la multitud de cautivos, enviándoles á su patria. Nos ha libertado al fin de los turdetanos, pueblo tan encarnizado en nuestra pérdida, que no podía subsistir Sagunto mientras aquél permaneciese en pie; y de tal manera les han abatido las victorias de Scipión, que para nosotros (perdósenos el odio) ni nuestros des-

cedientes nada hay que temer. Hemos sido testigos de la caída de esta ciudad en cuya consideración había destruído Annibal á Sagunto. De aquellas tierras obtenemos un tributo que tenemos en mucho, antes por venganza que por interés. Para daros gracias por estos beneficios, cuya grandeza excede nuestras esperanzas y los votos que podíamos dirigir á los dioses inmortales, el senado y el pueblo de Sagunto os envían los diez legados que tenéis delante, y también para felicitaros por los grandes triunfos que habéis conseguido en estos últimos años en España y en Italia; en España, puesto que vuestras armas han sometido toda la comarca, no ya hasta el Ebro, sino hasta el Océano, hasta los extremos de la tierra; en Italia, puesto que exceptuando el recinto de sus campamentos, nada habéis dejado á los cartagineses. Tenemos orden de dar gracias por estos resultados á Júpiter óptimo máximo, protector del Monte capitolino, y ofrecerle además, si lo permitís, una corona de oro, que depositaremos en el Capitolio como monumento de vuestras victorias. Os suplicamos que nos concedáis este permiso, y dignaos también añadir á las ventajas que nos han otorgado vuestros generales, el favor de ratificarlas y confirmarlas para siempre por un decreto. El Senado contestó á los legados que «la ruina y restablecimiento de Sagunto probarían al mundo entero que por una y otra parte se habían observado fielmente los juramentos. Los generales no habían hecho más que lo justo, lo regular y conforme á los deseos del Senado, al restablecer á Sagunto y arrancar los saguntinos á la esclavitud. Todos los demás beneficios que Sagunto había recibido de ellos, los había autorizado el Senado. Permitíaseles llevar sus ofrendas al Capitolio». Atendióse á que los le-



gados se alojasen y cuidasen por cuenta del Estado, y cada uno de ellos recibió como regalo diez mil libras de bronce. El Senado mandó introducir en seguida y oyó otros legados. A petición de los saguntinos, que deseaban visitar la Italia, les dieron guías para asegurar su marcha, y se enviaron órdenes á las ciudades para que les hicieran buen recibimiento. En seguida se deliberó acerca de los negocios públicos, sobre el levantamiento de nuevos ejércitos y la repartición de provincias.

El Africa debía formar nueva provincia fuera de sorteo, y el rumor público la decía destinada á Scipión. Tampoco se contentaba éste con una gloria ordinaria, declarando que le habían nombrado cónsul, no para continuar la guerra, sino para terminarla, y que el único medio de conseguirlo era pasar al Africa con su ejército, asegurando abiertamente que lo conseguiría del pueblo, si se oponía á ello el Senado. No convenía este proyecto á los senadores principales, pero casi ninguno se atrevía á decirlo, por temor ó por cálculo. Cuando llegó á Q. Fabio Máximo el turno de emitir su opinión, se expresó en estos términos: «Bien sé, padres conscriptos, que para la mayor parte de vosotros es cuestión resuelta la que se trata hoy, y que es hablar en vano ocuparse de la provincia de Africa como sobre asunto acerca del cual nada hay decidido. Por mi parte ignoro cómo podría designarse ya el Africa como provincia á nuestro Cónsul, cuyo valor y talentos reconozco, cuando el Senado no ha propuesto contar este año el Africa en el número de las provincias; ni lo ha ordenado al pueblo. Pero si está decidido, el Cónsul es culpable, en mi opinión, de someter á debate un asunto terminado ya; porque de esta manera se burla

del Senado entero, y no solamente del senador que habla á su vez acerca del objeto de la deliberación. Bien sé que, al oponerme á este ardor insensato de pasar al Africa, tendré que sufrir doble ataque; se acusará primeramente mi carácter contemporizador y que los jóvenes llegarán hasta considerarlo como temor y blandura; ¿qué importa, con tal que no haya que lamentar mas que mis discursos, que, si bien menos seductores á primera vista que los de otros, han sido siempre más útiles? Diráse además que soy celoso y envidia la gloria siempre creciente de nuestro ilustre Cónsul. Si mi vida pasada, mi carácter, mi dictadura y mis cinco consulados; si toda la gloria que he adquirido en la guerra y en la paz, y de la que antes siento saciedad que vacío, no alejan de mí esa sospecha, que al menos mi edad me ponga al abrigo de ella. ¿Qué rivalidad puede existir entre mí y un joven que ni siquiera tiene la edad de mi hijo? Cuando era dictador, en toda la fuerza de los años y en medio de mis triunfos más hermosos, ¿hanme oído delante del Senado ó del pueblo rechazar, á pesar de los ataques dirigidos contra mí por el jefe de los caballeros, esta innovación monstruosa é inaudita que le hacía igual mío en autoridad? Con hechos, antes que con palabras, quise obligar al hombre que habían elevado al mismo rango que á mí á que proclamase por confesión propia mi superioridad sobre él. ¿Y soy yo, repleto de honores, quien descendería á una miserable rivalidad con un hombre en todo el esplendor de la juventud? Sin duda que yo, que me encuentro más fatigado de la vida que del peso de los negocios, quiero hacerle negar esa provincia de Africa. La gloria que he adquirido me basta; con ella he de vivir ó morir. No he puesto término á las victorias de



Anníbal sino para que todos vosotros, que os encontráis en las fuerzas de la edad, tengáis medios de vencerle á vuestra vez.

» Tú mismo, P. Cornelio, debes excusarme si no habiendo preferido jamás mi reputación á la utilidad de la república, sacrifico tu gloria al bien público. Si no hubiese guerra en Italia, ó si el enemigo fuese de aquellos de quienes se triunfa sin gloria, procurando retenerte en Italia, aun en interés de la patria, podría creerse que se te quitaba la ocasión de distinguirte. Pero cuando un enemigo tal que Anníbal, al frente de un ejército que ni siquiera se ha podido aminorar, pesa hace catorce años sobre Italia, ¿podrás creer pequeña tu gloria si durante tu consulado arrojas de Italia á ese enemigo que tantos daños nos ha causado y tantos funerales nos cuesta? ¿Si á ejemplo de C. Lutacio, que tuvo el honor de terminar la primera guerra púnica, consigues tú el de terminar la segunda? Necesario sería creer entonces que Amílcar era general más famoso que Anníbal, que la guerra de entonces fué más importante que la de hoy y que la victoria de Lutacio fué más bella y más brillante que sería la tuya, en el caso de que los dioses nos concedan vencer bajo tu consulado. ¿Preferirías haber arrancado á Amílcar de Drepano y de Erepo, á arrojar á los cartagineses y á Anníbal de Italia? Seguramente no; aunque atribuyas más importancia á la gloria que has adquirido que á la que esperas, no podrías estar menos contento con haber libertado de la guerra á España que de libertar á Italia. No se encuentra Anníbal reducido todavía al punto de que se aparente no temerle ó despreciarle buscando otro enemigo. He aquí el objeto que debes proponerte, sin tomar rodeos, sin pasar al África, esperando que

Anníbal te seguirá á ella. Marcha directamente contra Anníbal y corre á atacarle allí donde se encuentra. ¿Aspiras á la preciosa gloria de terminar la guerra púnica? Pues lo más natural es defender las propias posesiones antes de invadir las ajenas. Necesitamos la paz en Italia antes de llevar la guerra al África; necesitamos alejar de nosotros las alarmas antes de darlas á los otros. Si este doble éxito está reservado á tu generalato y á tus auspicios, triunfa aquí de Anníbal y después irás á someter á Cartago. Si una de estas dos victorias hay que dejarla para otros cónsules, la primera será tanto más bella y brillante cuanto que será causa de la segunda. Hoy, además que es imposible al Tesoro el sostenimiento de dos ejércitos, uno en Italia y otro en África, y que los gastos de equipo y aprovisionamiento de nuestras flotas superan nuestros recursos, ¿quién no ve los peligros que corremos? P. Licinio hará la guerra en Italia, P. Cornelio en África. Pues bien; que Anníbal (¡que los dioses no consientan jamás lo que tiemblo al decir, y sin embargo, lo que ha sucedido una vez puede suceder otra!) que Anníbal vencedor marche sobre Roma: ¿tendremos entonces que llamarte de África, como se llamó á L. Fulvio de Capua? Y en la misma África ¿no serán iguales las probabilidades de la lucha? Sírvante de lección las desgracias de tu familia; ¿no fueron exterminados en treinta días tu padre y tu tío con dos ejércitos, en un país donde durante muchos años sus inmortales hazañas por mar y tierra habían propagado por todas las naciones extranjeras la gloria del nombre romano y de tu familia? No me bastaría el día para enumerar los reyes y los generales que, por haberse lanzado temerariamente sobre tierra enemiga, han pagado su falta con su sangre y con la



de sus ejércitos. Los atenienses, aquel pueblo tan prudente, descuidaron un día la guerra que tenían en sus hogares, y siguiendo los consejos de un joven tan ilustre por sus talentos como por su origen, enviaron á Sicilia considerable flota. Un combate naval destruyó para siempre la floreciente república.

•Pero me alejo mucho de nosotros y remonto demasiado en el pasado. El África misma y M. Atilio, ese elocuente ejemplo de las vicisitudes de la fortuna, pueden servirnos de lección. Sí, P. Cornelio; cuando desde la alta mar hayas visto el África, la conquista de tus Españas no te parecerá más que un juego, una puerilidad. ¿Qué semejanza hay, en efecto? Cruzando un mar sin enemigos y siguiendo las costas de la Italia y de la Galia, abordaste á Emporias, ciudad aliada: desembarcados tus soldados, los llevaste á Tarragona, por comarcas tranquilas, á territorios de aliados y amigos del pueblo romano. Desde Tarragona no has tenido que pasar más que por plazas romanas; en las orillas del Ebro encontraste los ejércitos de tu padre y de tu tío, que, después de la pérdida de sus generales, sostenían su valor aumentado por la misma desgracia: á su cabeza estaba un general improvisado en verdad, aquel L. Marcio, elegido provisionalmente por el voto de los soldados, pero digno de que se le compare con los capitanes más esclarecidos, si á sus talentos militares hubiese reunido el nacimiento y la legitimidad de su título. Has sitiado tranquilamente á Cartagena, sin que acudiese á socorrer á sus aliados ninguno de los tres ejércitos cartagineses de España. Tus demás hazañas, sin rebajarlas, no pueden compararse en manera alguna con la guerra de África: allí no tenemos ni un solo puerto abierto á nuestra flota, ni un territorio en

paz, ni una ciudad aliada, ni un rey amigo, ni punto donde detenernos, ni terreno para avanzar. A todas partes donde se mire, todo es hostil y amenazador. ¿Cuentas con Syfax y los númidas? Eso te basta haberlo hecho una vez: la temeridad no es siempre afortunada: en las circunstancias poco importantes se cubre la perfidia con máscara de fidelidad, para engañar con mucho provecho cuando entran en juego graves intereses. Tu padre y tu tío, antes de que les envolviesen los ejércitos enemigos, lo estuvieron por los pérfidos trabajos de los celtibéricos, que eran aliados suyos. Y á tí mismo ¿quiénes te hicieron correr mayores peligros, los dos generales enemigos, Magón y Asdrúbal, ó tus aliados Indibilis y Mandonio? ¿Podrás confiar en los númidas, cuando te han hecho traición tus propios soldados? Syfax y Masinissa prefieren ser dueños en África á tener en ella por amos á los cartagineses; pero prefieren el dominio de los cartagineses al de cualquier otro pueblo. Hoy rivalidad de ambición y otras muchas causas de discordia les levantan unos contra otros, porque no tienen cerca el temor del extranjero. Mostradles armas romanas, tropas extranjeras, y todos se reunirán como para apagar un incendio común. Diferente fué la defensa de España por los cartagineses; diferente de la de las murallas de su patria, de los templos de sus dioses, de sus aras y hogares, cuando al marchar al combate dejen á la espalda sus esposas temblando, y ante los ojos tengan á sus hijos en la niñez. ¿Y qué sucederá si los cartagineses, pudiendo contar con la unión del África, con la fidelidad de los reyes aliados suyos, con la fuerza de sus muros, aprovechan la circunstancia de haber quedado sin defensa la Italia por tu marcha y la de las legiones, y se apresuran á enviar del África nue-



vo ejército, ó mandan á Magón, que ya ha dejado las islas Baleares y llegado, según se dice, á la altura de la Liguria Alpina, que se reuna con Annibal? Caerá sobre nosotros igual terror que experimentamos en otro tiempo, cuando se presentó en Italia aquel Asdrúbal que dejaste escapar de entre tus manos, tú que quieres bloquear con tus tropas á Cartago y á toda el África. Dirás que le venciste; en ese caso lamento mucho más, por tí mismo y por la república, que un general vencido se haya abierto el camino de Italia. Atribuiré á tus sabias disposiciones todos tus triunfos y los de la república; atribuyamos los fracasos á las vicisitudes de la guerra y á los caprichos de la fortuna. Pero cuanto más grandes son tu ingenio y tu valor, tanto más deben guardar la patria y la Italia entera un defensor como tú. No puedes negar que allí donde esté Annibal está el foco, el nervio de la guerra, porque si quieres pasar á África, es, según dices, con la esperanza de arrastrar allí á Annibal: así, pues, en Italia ó en África, con él tienes que luchar. ¿Serás más fuerte en África, donde te encontrarás aislado, que aquí donde reunirás tu ejército con el de tu colega? ¿El reciente ejemplo de los cónsules Claudio y Livio no te demuestra la importancia de esta unión? ¡Cómo! ¿reducido Annibal á las extremidades del Brucio, desde donde hace tanto tiempo solicita inútilmente socorros de su patria, encontrará más recursos en armas y soldados que cerca de las murallas de Cartago y en el África entera asociada á sus proyectos? ¿Qué propósito es ese de ir á combatir allí donde tus fuerzas serán menores en una mitad y las del enemigo mucho más temibles, en vez de atacar aquí con dos ejércitos á uno fatigado con tantas batallas y una guerra tan larga y penosa? ¿Qué diferencia

entre tu conducta y la de tu padre! Recuérdala: partió en calidad de cónsul para España, y para detener á Annibal á su descenso de los Alpes, regresó de su provincia á Italia: tú, encontrándose Annibal en Italia, te dispones á dejarla, no porque creas ese proyecto útil á la república, sino porque te parece bello y glorioso para tí; de la misma manera que, abandonando tu provincia y tu ejército, sin estar autorizado por una ley ó un senatus-consulta, no temiste, siendo general del pueblo romano, exponer en dos naves la fortuna pública y la majestad del Imperio, que descansaba entonces en tu cabeza. Por mi parte, padres conscriptos, creo que P. Cornelio ha sido nombrado cónsul para la república y para nosotros y no para él solo; que se alistan los ejércitos para la custodia de Roma y de Italia y, no para que sirvan á los regios caprichos y orgullo de nuestros cónsules, para que les lleven á donde más les plazca.

Con este discurso, apropiado á las circunstancias, por su autoridad, y sobre todo por su antigua reputación de prudencia, arrastró Fabio á la mayor parte del Senado, especialmente los de más edad; casi todos aplaudieron la prudencia del viejo más que el bullicioso ardor del joven cónsul. Scipión dijo entonces: «Padres conscriptos, el mismo Fabio al comenzar su discurso ha indicado que podría tacharse de envidiosa su opinión. Por mi parte, jamás me hubiese atrevido á dirigir tal acusación á tan grande hombre; sin embargo, no sé si por defecto de su lenguaje ó por la fuerza misma de las cosas, creo que se ha defendido mal. Para alejar de él toda sospecha de envidia, ha hecho pomposa descripción de los honores de que ha estado revestido y de las hazañas con que se ha ilustrado. ¿Acaso debo yo temer la rivalidad del último de



los romanos, ó la del hombre que, en posesión hoy del primer rango, al que no temo confesar que aspiro y que quisiera verme á su nivel? Hase presentado anciano, cargado de honores, y me ha mostrado como no teniendo siquiera la edad de su hijo, como si la pasión de la gloria no traspasase los estrechos límites de la vida humana y casi siempre no tuviese fija la vista en el porvenir y en la posteridad. Siempre sucede, y estoy convencido de ello, que el corazón noble se compara á sus contemporáneos y á los hombres ilustres de todos los siglos. No oculto, en verdad, Q. Fabio, que deseo no solamente igualar tu gloria, sino, permite que te lo diga, superarla si puedo. No pensemos jamás, ni tú en cuanto á mí ni yo en cuanto á los que me sigan, en impedir á ningún ciudadano que se eleve tan alto como nosotros: esto sería perjudicar tanto á los objetos de nuestra envidia, como á la república y al género humano. Fabio os ha dicho á qué peligros me expondría pasando al Africa: parece que le ha inspirado cuidados mi suerte, tanto como la de la república y del ejército. ¿De dónde procede este repentino interés por mi persona? Cuando acababan de sucumbir mi padre y mi tío; cuando los dos ejércitos estaban casi destruidos por una matanza general; cuando las Españas estaban perdidas para nosotros, dominando en ellas por el terror de sus armas cuatro ejércitos y cuatro generales cartagineses, y se buscaba un general para encargarle aquella guerra y nadie más que yo se presentaba ni osaba proponerse candidato; cuando, á pesar de mis veinticuatro años, el pueblo romano me otorgó el mando, ¿por qué no se me objetó entonces mi edad, la fuerza de los enemigos, las dificultades de la guerra y el reciente desastre de mi padre y de mi tío? ¿Hemos

experimentado en África algún revés más sangriento que los que nos abrumaban en España? ¿Tiene el Africa hoy ejércitos más temibles, generales más numerosos y hábiles que tenía entonces España? ¿Me encontraba entonces yo más práctico en la guerra de lo que hoy me encuentro? ¿Son los cartagineses enemigos más fáciles de combatir en España que en Africa? Fácil es, después que he derrotado y puesto en fuga cuatro ejércitos cartagineses, tomado por asalto ó reducido por miedo tantas ciudades, domeñado tantos países hasta el Océano, sometido tantos reyes y tantos pueblos enérgicos, reconquistando la España entera sin dejar el menor rastro de guerra; fácil es rebajar mis acciones, como lo será, si vuelvo vencedor de Africa, atenuar esas mismas dificultades que hoy se complacen en aumentar, para encadenarme aquí y para asustaros. Os han dicho que no podemos abordar al Africa, que no tenemos ningún puerto abierto, y se ha citado á Régulo, prisionero allí: ¡como si Régulo hubiese fracasado al llegar! Olvidase que aquel general tan desgraciado, vió abrirse ante él los puertos de Africa, que comenzó con triunfos su primera campaña y que no dependió de los generales cartagineses que Régulo permaneciese siempre invicto. No, ese ejemplo no me asusta. Aunque hubiese ocurrido ese fracaso en esta guerra y no en la anterior, aunque hubiese ocurrido ayer y no hace cincuenta años, ¿por qué había de hacerme vacilar el cautiverio de Régulo en pasar al Africa, más que me hizo en pasar á España la muerte de los Scipiones? No, el nacimiento del lacedemonio Jantippo no habrá sido suceso más feliz para Cartago que el mío para mi patria, y mi confianza no puede menos de aumentar ante la idea de lo que puede el ingenio de un solo hombre.



También hemos tenido que oír hablar de los atenienses á quienes su temeridad hizo pasar á Sicilia, sin cuidarse de la guerra que tenían en sus hogares. Pero si tienes tiempo para referirnos historias griegas, ¿por qué no citas con preferencia á Agathocles (1), aquel rey de Siracusa que, viendo la Sicilia entregada á sangre y fuego por los cartagineses, pasó á esa misma Africa y llevó la guerra al país de donde había venido?

Pero ¿acaso es necesario recurrir á ejemplos antiguos y extraños para demostrar cuán útil es llevar el espanto al territorio del enemigo y alejar de sí mismo el peligro para echarlo sobre el adversario? ¿Tenemos alguno más elocuente y cercano que el de Aníbal? Existe inmensa diferencia entre devastar tierras enemigas y ver las propias incendiadas y devastadas. Se tiene más valor para atacar que para defenderse. Además, asusta sobremanera lo que no se conoce; de cerca,

(1) Sabido es que este Agathocles era un siciliano que de simple alfarero llegó á ser rey de Siracusa y de toda la Sicilia. Esta fortuna se la debió á sus talentos militares, y no llegó al rango supremo sino después de muchas vicisitudes. En su tiempo los cartagineses eran dueños de toda la Sicilia, y se la quitó casi entera. Pero en medio de sus triunfos, repentino revés estuvo á punto de destruir su poder. Había tenido lugar un combate entre él y los cartagineses cerca de Himera. Los cartagineses huían y los soldados de Agathocles comenzaban ya el saqueo, cuando acudió un refuerzo cartaginés y encontró en desorden á los vencedores. Rehiciéronse los fugitivos, y comenzando de nuevo el combate, el ejército de Agathocles quedó vencido á su vez. Agathocles se refugió en Siracusa, y los cartagineses acudieron á sitiárla. Agathocles concibió entonces un proyecto atrevido. Mientras los cartagineses sitiaban su capital, pasó al Africa con las tropas que le quedaban, y marchó sobre Cartago. La fortuna favoreció aquella audaz resolución, y los cartagineses, obligados á pedir la paz, aceptaron las condiciones que Agathocles quiso imponer.

y cuando se está en su territorio, se ve lo fuerte y lo flaco del enemigo. Aníbal no habría contado, al venir á Italia, con la defección de todos los pueblos que se le entregaron después del desastre de Cannas. ¿Y los pueblos de Africa guardarán fe más inquebrantable á los cartagineses, á esos aliados infieles, á esos amos crueles y orgullosos? En el abandono de los aliados, tenemos nosotros nuestras propias fuerzas, nuestros soldados romanos para sostenernos: Cartago no tiene ejército nacional; no tiene otros soldados que mercenarios africanos y nómadas, cuyo inconstante carácter está siempre pronto á la traición. Que no se me detenga aquí, y muy pronto se sabrá á la vez que he cruzado el mar, que el Africa arde, que Aníbal abandona la Italia y que ha comenzado el sitio de Cartago. Esperad de Africa mejores noticias y más frecuentes que las que recibíais de España: tengo como garantía de esta esperanza la fortuna del pueblo romano, los dioses testigos de los tratados violados por el enemigo y Syfax y Masinissa, á quienes concederé solamente mi confianza, después de tomar las precauciones necesarias contra una perfidia. Hay muchos recursos que la distancia no me permite ver ahora, pero que la guerra me dará á conocer; el talento de un hombre de ingenio y de un buen general consiste en no dejar escapar las ocasiones que se presenten y hacer contribuir las probabilidades de la casualidad á la realización de sus proyectos. Tendré, pues, Q. Fabio, el adversario que me señalas, Aníbal; pero le arrastraré y él no me arrastrará á mí; le obligaré á pelear en su patria; Cartago será el premio de la victoria y no las fortificaciones casi arruinadas del Brucio. En cuanto á preservar la república de todo peligro, mientras cruzo yo los mares,



desembarco mis tropas y acampo bajo las murallas de Cartago, bien atendiste tú á ello, Q. Fabio, cuando Annibal, vencedor, recorría la Italia; hoy que se encuentra quebrantado y casi abatido, considera cuán ofensivas son tus palabras, si pretendes que el cónsul P. Licinio, ese varon tan valiente, no puede bastar á ello. Por otra parte, Licinio, para no dejar las cosas sagradas sin soberano pontífice, no podía sortear una provincia tan lejana. Además, si yo me engaÑase y no fuese este el medio de acelerar el fin de la guerra, la dignidad del pueblo romano, su honor ante los reyes y pueblos extranjeros le impondrían la necesidad de probar que tiene tanto valor para defender la Italia como para atacar al Africa; la de no dejar creer y repetir que lo que Annibal ha podido osar ningún general romano ha podido osarlo; que en la primera guerra púnica, cuando se disputaba la Sicilia, nuestros ejércitos y flotas invadieron muchas veces el Africa, y que hoy, cuando se trata de Italia, el Africa disfruta de paz. Que la Italia descansa al fin después de tan larga tormenta; que el Africa á su vez sea entrada á sangre y fuego. Marchemos á sentar un campamento romano en las puertas de Cartago, y más bien que ver todavía desde lo alto de nuestras murallas las fortificaciones del enemigo, que el Africa sea en adelante el teatro de la guerra: llevemos allí el terror, la fuga, la devastación de los campos, la traición de los aliados y todos los demás desastres que catorce años de guerra han acumulado sobre nosotros. Esto es cuanto tengo que deciros acerca de los intereses de la república, sobre la próxima guerra y las provincias de que se trata. Mi oración sería muy larga y os interesaría poco si, á ejemplo de Q. Fabio, que ha rebajado mis trabajos en

España, quisiera á mi vez declamar contra su gloria y realzar las mías con mis palabras. Ninguna de estas dos cosas haré, padres conscriptos; y si no tengo sobre él otra ventaja, al menos en moderación y respeto el joven habrá vencido al viejo. Mi vida y mis trabajos pasados me permiten gozar en silencio la estimación en que me tenéis y contentarme con esta recompensa.

No se recibió con mucho agrado el discurso de Scipión, porque corría el rumor de que si el Senado le negaba la provincia de África, apelaría en seguida al pueblo. Así fué que L. Fulvio, que había sido cónsul cuatro veces y censor, le intimó que declarase francamente ante el Senado «si se atendría á los senadores para la repartición de provincias; si acataría su decisión ó si apelaría al pueblo.» Scipión contestó que «ajustaría su conducta al interés de la República.» Á lo que dijo Fulvio: «Conocía tu respuesta y tu decisión antes de interrogarte, porque no ocultas que antes quieres sondear que consultar al Senado, y que sino te concede en el acto la provincia que desea, tienes preparada ya tu apelación al pueblo. Así, pues, á vosotros me dirijo, tribunos del pueblo; no queriendo dar mi opinión, porque el Cónsul no la tendría en cuenta aunque la adoptase el Senado, solicito vuestro apoyo.» Á esto siguió un debate: el Cónsul sostenía que la intervención de los tribunos no era legal, hasta que interrogado cada senador en su turno, no hubieran dado todos su opinión (1). Los tribunos decidieron de esta manera: «Si el

(1) No se seguía orden invariable para recoger los votos de los senadores; pero ordinariamente se preguntaba primero al príncipe del Senado, á menos que se encontrase en la Asamblea un cónsul elegido; en este caso se dirigían siempre primero á este magistrado y después á los demás senadores, siguiendo las